



EL CASO DE LA MANO PERDIDA

UNA INVESTIGACIÓN DEL
SARGENTO CARMELO DOMÍNGUEZ

FERNANDO ROYE

EL CASO DE LA MANO PERDI- DA

El caso de la mano perdida

Una investigación del sargento Carmelo
Domínguez

Fernando Roye

Edición digital publicada por

Sinerrata Editores
www.sinerrata.com
edicion@sinerrata.com

© 2014, Fernando Roye

© 2014, sinerrata editores

Diseño de la cubierta: Manolo Acedo Lavado

Composición digital: Pablo Barrio

ISBN (edición ePub): 978-84-15521-13-6

Esta es una copia de *El caso de la mano perdida* intencionalmente distribuida sin DRM por la editorial para que puedas disfrutar de su lectura de forma fácil y sin atentar a tus derechos como lector. Pero si ha llegado a tus manos sin que la hubieras comprado y deseas agradecer al autor y a todos los que hemos participado en su edición por tu tiempo de disfrute con ella, te invitamos gustosos a que compres tu propia copia. Puedes hacerlo desde www.sinerrata.com.

*Para Isidro el Chico,
por esas historias que no me cansaba de escuchar.*

Índice

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Agradecimientos

Sobre el autor

Colofón

1

Aquella mañana de octubre de 1952, tras cuatro días de servicio, los guardias civiles Ambrosio del Val y Ortega Brito regresaron con un asombroso hallazgo a su cuartel de Santa Honorata, situado entre la segunda y la tercera falla al norte de Sierra Morena.

De los dos, fue Ambrosio quien se encargó de comunicárselo al comandante de puesto, el sargento Carmelo Domínguez:

—Hemos encontrado una mano, señor.

Carmelo los miró sin llegar a dar crédito a lo que decían. Los ojos del sargento eran los más extraños con los que uno se podía topar. El iris izquierdo poseía una pigmentación azul mientras que el derecho era completamente negro. Lo mismo que las pupilas, que distaban de ser iguales una de la otra.

—¿Una mano? ¿Han encontrado una mano? ¿Cómo es eso?

Ambrosio del Val pidió permiso al suboficial y procedió a abrir su cartera con movimientos lentos y pausados. Era el más joven de los tres allí reunidos. Hacía un tiempo que se había dejado crecer un bigotito fino y estrecho, como trazado con tiralíneas, inmediatamente por encima del labio superior. Le daba cierto aire a Clark Gable, solo que, a dife-

rencia de este, las orejas de Ambrosio permanecían pegadas al resto de su cabeza.

—Aquí tiene, señor. —Y a continuación depositó en la mesa un pequeño bulto envuelto en un pañuelo.

Carmelo destapó aquel rudimentario paquete. Encontró una mano de hombre seccionada por la muñeca con todos los elementos al completo: palma, pulpejo y dedos coronados por uñas brillantes como las alas de las moscas. El suboficial se volvió en dirección a los dos agentes como si tuviera toda la mañana para hacerlo. Salvo por el impacto del principio, su rostro no parecía conmocionado. Le habría causado más impresión tener delante un plato con media docena de chuletas de cerdo.

—¿Dónde la han encontrado?

—En la trocha que une el camino del Olivillo con el de los Órganos —dijo Ambrosio, que era el que llevaba la voz cantante.

—¿A qué altura exactamente?

—A los pies del tercer alcornoque.

—¿Hora?

—Ha debido de ser hacia las siete, señor. Ocurrió poco después de que amaneciera. Justo nos habíamos levantado y nos dirigíamos hacia aquí.

Carmelo asintió en silencio. Parecía que estaba pensando. El suyo no era un rostro refinado, de esos que uno imagina comúnmente cuando piensa en un intelectual. A grandes rasgos, era un hombre grueso y alto; de facciones hinchadas, con esa única nota discordante que produce tener un ojo de cada color.

—Por el estado que presenta, diría que el corte es relativamente reciente —apuntó—, como una rosa acabada de

podar. —Tiró de una esquina del pañuelo y desplazó la mano para examinarla mejor desde otro ángulo—. Sí, señor. Un corte limpio.

—Si me permite el comentario, mi sargento —intervino Ortega—. Creo que es de hombre.

Carmelo levantó la vista. El joven se mostraba satisfecho tras la apreciación. El caso es que Ortega solo tenía grasa en el cuerpo, y eso incluía el cerebro. Carmelo omitió el comentario, como lo había hecho cuando supo que cazaba ilegalmente durante el acto de servicio y luego vendía la carne a taberneros de la zona. El sargento había aprendido que a menudo convenía hacerse el tonto. De todas formas, no había horas suficientes en el día para solucionar todos los problemas de aquel pueblo de mil doscientos habitantes, y de sus ocho mil hectáreas de sierra.

—Está bien, dadme la papeleta de servicio.

Carmelo leyó en voz alta y vacilante el resumen detallado de los cuatro días que había durado el servicio de correrías. Las identificaciones, las denuncias, los auxilios realizados; la nota de los árboles caídos, rotos y arrancados. El hallazgo de la mano ocupaba el resto de la cuartilla.

—Pueden retirarse a descansar. Pero antes quiero que se pasen por la consulta del médico y pregunten si alguien, que haya resultado herido, ha perdido una mano. —Ambrosio hizo ademán de querer alegar algo, pero Carmelo lo interrumpió—: Mientras, y hasta que no aparezca su dueño, guardaré esta en el cajón.

—Si me disculpa, sargento —retomó Ambrosio—, me gustaría recuperar el pañuelo cuando fuera posible.

Carmelo enarcó las cejas. Producían el mismo efecto que dos acentos sobre una mirada desconcertante.

—De acuerdo —resolvió—. No hay problema.

En cuanto los dos guardias se retiraron, Carmelo se puso en pie y se asomó a la ventana. Cuatro de sus seis hijos se dirigían al colegio en ese momento, los otros dos eran aún demasiado pequeños para hacerlo. Les acompañaba Braulio, el hijo del cabo Rosario María. Este tenía la misma edad que Rafael, su hijo mayor de once años. Carmelo los vio alejarse y, al rato, aparecieron Ambrosio y Ortega, los dos tocados con el sombrero de tres picos, encaminándose hacia la casa del médico.

Carmelo tenía bajo su mando directo a cinco hombres y era el responsable de una demarcación. Desde hacía dos años, había heredado una situación difícil por parte del cabo Rosario, pero no se quejaba. En el fondo, a él le iba bien siempre que los problemas no le sobrepasasen. El sargento era partidario de ocultar el polvo bajo el felpudo; de intervenir solo lo estrictamente necesario.

En el pueblo la gente lo quería y lo odiaba por igual. Era el propio uniforme el que decantaba esos sentimientos de un lado u otro de la balanza. Sin embargo, todo el mundo se mostraba de acuerdo en identificarlo con el mismo apelativo. A Carmelo lo llamaban *el sargento hechizado*, presumiblemente por pasarse el día dormitando, pero también porque siempre daba por ciertas toda suerte de insólitas señales que él consideraba premonitorias. Verdaderamente Carmelo era un tipo singular. Lo cierto es que, por comparación, Carmelo salía bien parado, ya que Rosario había resultado ser un borrachín con asomos de sadismo mientras duró su mandato. Y la cosa seguía igual. De hecho se lo co-

no sabía como don Tinto, aunque nadie se atrevía a llamarlo a la cara.

Alguien tocó a la puerta y la abrió un par de centímetros. Era Benito Viedma, la última incorporación en su equipo. Carmelo lo invitó a entrar.

Benito tenía el aspecto de un señorito de provincias altivo y refinado, alejado de la imagen tópica de un guardia civil. Parecía formar parte de aquella vieja casta de hombres pertenecientes a la nobleza que habían fundado el cuerpo hacía más de un siglo, entre ellos el duque de Ahumada.

—Siéntese, por favor. —Carmelo le indicó una silla vacía y esperó a que la ocupara—. ¿Cuánto tiempo lleva aquí, hijo?

—La semana pasada hizo siete meses, señor.

—Tiempo más que suficiente —murmuró. Hubo un silencio—. No me malinterprete. Aún le queda mucho por aprender, desde luego, pero sin duda está preparado para la misión que le tengo encomendada.

Benito se enderezó en la silla con ganas de escuchar más. El sargento apoyó la espalda en el marco de la ventana. Parecía hecho de una sola pieza.

—Había pensado —continuó— llevar hoy conmigo al cabo Rosario María a hacer unas visitas de oficio a algunos caseríos de nuestra demarcación. La tarea nos puede ocupar prácticamente toda la mañana, así que necesitaré a alguien que tome el mando del cuartel en mi ausencia. ¿Me sigue?

—Sí, señor.

—¿Se ve capacitado para ello?

—Me esforzaré para estar a la altura de las circunstancias, señor.

El joven parecía resuelto de veras a hacerlo bien. Carmelo se quedó mirando fijamente la barba negra y recortada que llevaba, que acrecentaba todavía más su extremada palidez. Usaba gafas con lentes de forma circular y armadura metálica.

—Hace tiempo que vengo preguntándome una cosa —dijo Carmelo como para sus adentros—. Siento verdadera curiosidad por saber de qué tratan esos libros que lee usted tan a menudo en sus descansos.

Por primera vez, el chico se mostró desconcertado.

—¿Los libros, señor?

—Sí, los libros.

—Son novelas, sargento.

—Está bien. —Hizo una pausa—. ¿Y de qué tratan? —insistió.

—De crímenes.

—De crímenes —repitió Carmelo, como si solo la palabra tuviera el poder de evocarle un sinfín de pensamientos.

—Sí, señor... Es literatura policíaca.

—Vaya. Deben de ser apasionantes. Siempre que le veo a usted leyéndolas lo hace con mucho interés. —Calló un instante—. ¿Y quién las escribe?

—Depende, señor.

—Quiere decir: ¿varios autores?

—Sí, eso es.

—¿Y cuáles son sus nombres?

Benito parecía cada vez más alterado por el rumbo de la conversación.

—Pues... Conan Doyle..., Agatha Christie, George Simeon.

—Suenan a extranjero.

—Son extranjeros, señor.

—Está bien... Debe de saber muchos idiomas para poder leer todos esos libros.

—A menudo están traducidos al español, sargento, por lo que no es necesario saber otros idiomas, aunque domino el inglés y el francés a la perfección. De pequeño, mis padres me asignaron una institutriz inglesa y acudí a clases de francés.

Carmelo se sumió de nuevo en uno de sus imperturbables silencios. Solo aquellos ojos raros parecían cobrar vida.

—En cambio, lo único que yo leo son reglamentos, ordenanzas y telegramas —comentó amargamente—. Tampoco es que pueda comprarlos. Con tanta criatura...

—Si... si lo desea, un día puedo prestarle uno de mis libros.

—No —repuso Carmelo—. Déjelo estar, lo más probable es que me durmiera con uno de esos en mis manos.

Se alejó de la ventana y se situó cerca del escritorio.

—Cuide bien del rancho —dijo con un tono de voz monocorde—. Puede que me equivoque, pero es probable que hoy se presente una visita importante en nuestras instalaciones.

Carmelo atisbó cómo Benito dudaba.

—No se preocupe. No es nada seguro. Solo que el gato lleva media hora lavándose la cara.

—¿El gato?

Benito Viedma se arrepintió al momento de haber formulado la pregunta.

—Sí, ¿acaso no lo sabe? Cuando un gato se lame la cara es porque pronto vendrá una visita. Y hay uno que lo está haciendo en la calle, frente a la puerta del cuartel; como lle-